

## Café magra

María Cristina Estrada Hernández

Henos aquí sentadas las dos, frente a frente y sin poder emitir palabra alguna. Pareciera que la vida se empeña en reunirnos.

Estás hecha una pasita. Tus ochenta años te han dejado más surcos en la cara que hendiduras en las paredes de tu casa. Tu casa... Todavía recuerdo aquel día en que llegué a ella; era solo un cuarto, con una letrina. No sabías dónde acomodar a cinco hijas y todavía tenías que acomodar a la recién llegada. Recuerdo claramente las facciones de tu cara, pero mi memoria no guarda ni siquiera una palabra de bienvenida o saludo. No tenías por qué sentir cariño por mí, pues jamás convivimos, pero tú eras mi única familiar en esta tierra y aquí a tu casa vine a dar.

Me preguntas que si deseo tomar café; sin azúcar ni crema, por supuesto, pues sigues en la misma pobreza de hace 50 años. El cuerpo se acostumbra a todo, incluso al maltrato de la vida.

¿Cuántas veces nos hemos visto a lo largo de nuestra existencia? ¿Seis o siete? Las suficientes para confirmar que "nuestro hijo" está bien de salud y con éxito en la vida. Pero no nos atrevemos a decirlo, no sabemos cómo decirlo, pues un amargo silencio se instala en nuestra garganta y se acentúa cada vez que bebemos café; con la mirada fija en la taza nos obligamos a tomarlo cual si fuera una sentencia de cicuta. Ambas morimos lentamente, pero ninguna se atreve a iniciar la plática.

Unidas por un fino y a la vez delgado hilo de amargura, nuestras miradas se encuentran y no se sostienen más de un segundo; se repelen, se gritan lo que las palabras no pueden decir.

No me explico por qué no puedo romper esa dependencia que se antoja tan endeble. Y sin embargo, aquí estamos: solas las dos, sin la enorme familia que procreó cada una; sin otro propó-

sito que saber cómo vamos a resolver esta zozobra que se agita en nuestros corazones y golpea todo nuestro ser.



El tiempo transcurre, se acerca el final y hay que saldar cuentas. ¿Por qué no me defendiste aquella vez? Tú eras la adulta, yo sólo tenía 16 años. Sabías que tu esposo en cualquier momento me agrediría. Pero claro... el sometimiento en el que vivías, rodeada de eterna pobreza, no te dejó ver más allá de tu interés. ¿Si no te sostenía él con tus cinco hijas, quién lo iba a hacer? La misma actitud tomaste cuando nació el producto de aquella agresión; él lo quería porque era el varón que siempre había deseado; tú no fuiste suficiente mujer para darle hombres, decía él. Y yo no fui lo suficientemente mujer para pelear por el producto de mis entrañas... después de todo sólo tenía 16 años. Fue así como me echaste de esta *tu* casa: incompleta, humillada, sola y desamparada.

Y desde que salí de tu casa empecé a buscar... a lo largo de la vida buscaba... pero no sabía qué. Creí que el esposo y los siguientes 8 hijos que la vida me dio, llenarían mi existencia. Y así fue... hasta hace algunos años, cuando empecé a sentir que se acercaba mi final, entonces regresó esta sensación de estar incompleta.

¿Dónde está? Me pregunté toda la vida ¿Cómo estará? Era la pregunta que a diario surgía de lo más hondo de mi ser. Pero la rabia y el desprecio que sentía por ti, ahogaban ese reclamo de madre primeriza.

Y durante el día era la gran ausente, rodeada de una densa capa de autismo vivía mis días, atendiendo sólo las necesidades domésticas; no me di cuenta de las necesidades de mis hijos: ellos crecieron como hierbas de campo sin rumbo ni dirección y sin cariño maternal. Ese instinto de madre se ahogó en mi tierna juventud.

La mutilación del alma no se repara tan fácilmente; por cada retoño que nace del árbol corre la savia de sus raíces y le infunde el alma que lo hará un nuevo ser. A mí me arrebataste la primer alma de mi alma, corazón de mi corazón y carne de mi carne. ¿Que no me opuse? ¿Que no lo reclamé después? Para qué lo iba



a reclamar si contigo tenía techo y alimento. Yo en ese momento no tenía nada; y hasta el día de hoy no sé quién de las dos es más pobre.

Después de diez minutos juntas, ya no sabemos de qué más charlar. Los temas sobre las cosas triviales del hogar ya se agotaron y, como siempre, saldré de esta casa sin que tú me digas que regrese por mi hijo. Aunque a estas alturas ya no tiene caso que él me reconozca como madre, pues finalmente tú lo educaste, lo viste crecer y hacerse hombre.

Creo que tampoco me hace falta que nos perdonemos. Seguiremos unidas no sólo por el lazo consanguíneo, sino por la pobreza de alma y de cosas materiales.

¿El final? La muerte determina el fin del cuerpo, pero lo que hay más allá... eso, querida hermana, ya no depende de nosotras.